



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI.

Núm. 2. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Enero 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
Haciendo la suscripcion por medio de los Corresponsales:		Haciendo la suscripcion en la misma Administracion ó por carta certificada:		Haciendo la suscripcion en la misma Administracion ó por carta certificada:		Haciendo la suscripcion en la misma Administracion ó por carta certificada:	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Un mes, 1,75 pesetas.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Tres meses, 5,00 id.	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »		Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »			
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 21,00 ptas.				Un mes, 1,50 pesetas.	
Seis meses... 18,50 »		Seis meses... 11,50 »				Tres meses, 4,50 id.	
Tres meses... 9,50 »		Tres meses... 6,00 »					

SUMARIO.

La Redencion, por el Dr. Lopez de la Vega.—
A mi distinguido amigo Marcelo Planas y Casals, poesia, por Isabel de Villamartin.—
Flores y espinas, poesia, por A. Alcalde Valladares.— Don Francisco de Quevedo.—
Historia de Maria Stuart, por Salvador Maria de Fábregues.— Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hevia.— Plaza del Gran Duque en Florencia.— De la mano á la boca, por Luis Coloma.— El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza.—
Explicacion del figurin.—Correspondencia.—Charada.
GRABADOS.— Don Francisco de Quevedo.— Plaza del Gran Duque en Florencia.— Plaza Mayor de Buenos Aires.— Costumbres sociales: La visita de duelo.

LA REDENCION (1).

Desde que se levantó la Cruz en los aires, no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el cielo, aun antes de dejar en la tierra sus mortales despojos; porque si aún vive aquí por la tribulacion, está allí por la esperanza.

(CORTÉS.)

Si es indudable que la vida es el dolor, y que sus lágrimas, infortunios y padecimientos, son la herencia que recibimos de nuestros padres, nada más lógico y necesario que el cumplimiento de las prácticas religiosas, para conseguir de este modo un lenitivo á nuestras infinitas desgracias.

La Redencion fué necesaria, porque su precio debía estar en razon directa de lo que tiene que rescatar el hombre imperfecto y finito, por lo mismo que no puede ofrecerse á sí mismo, á fin de conseguir un fin contrario; esto es: perfecto é infinito.

A este propósito, dice elocuente-mente el ilustre autor de los *Mártires*: "El cielo parece que quiso dejar trascurrir cuatro mil años, desde la caída hasta la rehabilitacion, á fin de dar á los hombres tiempo para juzgar por sí mismos cuán insuficientes eran sus degeneradas virtudes."

¿Era otra la idea dominante del pueblo hebreo, más que la venida del Mesías? ¿No se han dejado oír sus profecías por todos los ámbitos del mundo, con vibraciones potentes y conmovedoras?

(1) En todos tiempos y circunstancias, el conocimiento de los beneficios que al mundo trajo la Redencion, es de una incontestable oportunidad. Por eso publicamos hoy este artículo, que de propósito hemos tomado de la obra inédita de su autor, *La Paz universal y El Derecho político de las naciones civilizadas*, cuya obra está próxima á ser la luz pública, con grande aplauso de los amantes del progreso cristiano. En otro número publicaremos otro capítulo de la misma obra, con el título de *La mujer cristiana ante la historia*.



DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

La esperanza fué siempre el aliento de la humanidad, figurando los antiguos que quedaba en el fondo de la caja de Pandora. Pero Esquileo, en su tercera tragedia presenta, con los colores más soberbios, á Prometeo liberado; y el Egipto, la India, la China, la Escandinavia han vivido halagados siempre con esa deidad sublime, que

despues de la vida terrenal, se halla la celestial, para el justo.

La Redencion trajo consigo la abolicion de toda iniquidad erigida en ley y en costumbre; pero como Jesucristo predicaba la humildad, dice de él San Mateo: "Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos." Y

...es el mayor bien que se alcanza, mano de Dios misteriosa que nos guía en la bonanza, como hemos dicho en otras ocasiones, y sin la cual sería carga insoportable la vida.

Realizáronse por fin las profecías; y el hombre puede ya volver á Dios, considerándose libre, y teniendo abiertas las puertas del cielo. El niño que cantó el poeta mantuano, el descendiente de Isis, como decian las tradiciones profanas, ha vencido al formidable Dragon; y si bien la lucha dura todavía, la verdad tiene que triunfar de todos los precipicios, atravesando por entre el mundo y sus pasiones, radiante de gloria y esplendor.

Batallen, pues, contra la Iglesia los espíritus discolos, pues ella, como dice Nicolás, no hoy ciencia que no haya sido la primera en instalar y fomentar; y bajo este punto de vista, la cultura y la ilustracion sólo pueden comprenderse en los pueblos católicos, que son en realidad los verdaderamente civilizados.

Dios es la vida del alma y el alma es la vida del cuerpo, dice el doctor angélico; deduciéndose de aquí, como dice Rey y Heredia, que las condiciones humanas de la moralidad, han de buscarse en la vida eterna del alma, que es donde reside la fuerza personal y libre.....

Supone, por lo tanto, la Redencion, la Libertad, cuyo bien no tenía el hombre antes de la venida de Jesucristo.

Sacrificóse por nosotros, para hacernos ver, como dice San Jerónimo, que en faltándonos la esperanza de la resurreccion, falta toda la observancia de la piedad; y que, como añade San Juan Damasceno, si no hay resurreccion no hay Dios, ni hay Providencia tampoco, con que todas las cosas estarían sujetas al acaso. Por eso se dice teológicamente: *A morte ad vitam reparatio*, dando así á entender, que

en el psalmo 71,—23, leemos también: "Perdonará al pobre y al necesitado, y salvará las almas de los pobres."

Así se comprende la oportunidad del texto, en que se da á conocer que, en cumplimiento de las disposiciones divinas, los que no merecieron al mundo más que desprecios, ocuparán los primeros puestos, cuando los malvados é impíos, según lo amplía Bossuet, que tuvieron su imperio sobre la tierra, serán ignominiosamente arrojados á las tinieblas exteriores.

La Redención tiene su símbolo en la profunda humillación de Jesucristo anonadado hasta la Cruz. La misericordia le obligó á cargar con ella, por que en ella iban todos los delitos y todas las miserias, padeciendo en toda la universalidad de los miserables.

Los ricos y los poderosos no son, para la Iglesia, más que servidores de los pobres; y por eso San Pablo ordena á los fieles, *que lleven unos la carga de otros: Alter alterius onera portate*. Dice San Agustín *que la carga de los pobres es no tener lo preciso, y la de los ricos es más de lo necesario*.

Por eso el evangelio, única verdad filosófica y social de buena política, nos hace á todos iguales, comunicándonos mutuamente nuestras cargas, como dice San Pablo por estas palabras: *Ut fiat æqualitas*.

Penetremos, pues, el pensamiento de la Redención.

Ella recibe á los ricos en la Iglesia, á título de que sirvan á los pobres, haciendo que la abundancia supla á la escasez, dando asignaciones á los necesitados, sobre lo superfluo de los opulentos, los cuales, participando de sus miserias, merecen también, socorriéndolos, participar de sus privilegios.

La elevación y grandeza, pues, del Catolicismo, consiste en haber emancipado á los pobres y á los afligidos, á fin de que los afortunados, viendo que Jesucristo los tiene por hijos predilectos de su Iglesia, tengan á honra servirlos; estableciéndose así una igualdad tan sublime y tan aceptable, que sólo podrían rechazarla los impíos. Tal es el fundamento teológico, moral, filosófico y político de la Redención; y así considerada, tiene necesariamente que ser simpática á todas las almas sensibles y generosas: no puede ser odiosa, nó, más que á los espíritus obcecados, que sólo piensan en sus mundanales goces, y á los que son arrastrados al vicio, seducidos por doctrinas anticristianas.

Saludemos, sí, á la Redención; considerémosla como un símbolo de paz, de armonía, de progreso constante y tranquilo, apoyándonos en sus fuertes muros, abrigándonos á su sombra, pues ella brinda grato consuelo á todas las almas, y es, digámoslo así, la fuente de aguas vivas, cuyo manantial borra los pecados del mundo, fomenta el progresivo desarrollo de la Humanidad, da á la mujer las garantías de su digna independencia, santificando el matrimonio, elevando el rango y carácter de la familia; evitándolo, en fin, el escándalo y la tiranía, pues quien dice Redención, dice Honor, Gloria, Libertad, Alegría y Paz en la sociedad, en la familia, y en la Humanidad, tendiendo así á la realización del gran principio de la Iglesia.

UN SOLO PUEBLO Y UN SOLO PASTOR.

Time Deum et dare ille honorem.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.



A MI DISTINGUIDO AMIGO

MARCELO PLANAS Y CASALS

¡Adios, Marcelo, adios! Mi triste huella
He posado un momento en tu camino;
Un momento no más, porque es mi estrella
Girar en incesante torbellino.

Te dejo un ramo de preciosas flores
Nacidas en risueña primavera;
Las cogí en el jardín de los amores
En los solaces de mi edad primera.

A ti llegan enhiestas y lozanas
Vertiendo con su aroma nueva vida,
Que en sus hojas brillantes y galanas
Una dulce ilusión se halla escondida.

Esas gotas que lucen de rocío
Cayeron abrasadas de mis ojos,

Cuando el azote de huracan bravío
Pretendió convertirlas en despojos.

Las defendió mi alma entristecida
Del contacto de helados aquilones,
Y en las luchas constantes de la vida
Conservaron sus castas ilusiones.

En tu pecho leal puedes guardarlas
Y el sello borrarán de tu tristeza,
Mas no olvides que amaga deshojarlas
El reptil que rastrea en la maleza.

Guárdalas como joya inapreciable,
Que con ellas te doy rico tesoro,
Talisman de virtud incalculable
Que engendra sueños de amanto y oro.

Llenarán el vacío de tu vida;
Y si el dolor te infiere sus agravios,
Busca en su cáliz ilusión perdida
Y lleva su corela hasta tus labios.

Si una lágrima brilla tembladora
En el claro zafir de tu pupila,
No la impidas caer, que aquel que llora
La fuerza del dolor presto aniquila.

¡El día acaba ya! ¡Muere la tarde!
Con esferas de luz se alumbra el cielo,
Y el astro que en rojizo color arde
Corre sobre su faz el postrer velo.

¡Adios, Marcelo, adios! Es mi destino
Peregrinar en este infausto mundo:
No olvides que crucé por tu camino
Y un recuerdo conságrame profundo.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

10 de Enero de 1873.

FLORES Y ESPINAS.

EN EL ALBUM DE V.

¡Por qué el dolor encubierto
llevas, niña, en tus albores,
y lloras como las flores
perdidas en el desierto!

¡Por qué, ocultando la pena
que tu corazón oprime,
vas cual el aura que gime
entre los vientos serena!

¡Por qué la luz que hermosa
hoy tus amores risueños,
con el crespon de esos sueños
tu blanca frente sombrea!

¡Y en la noche solitaria
riegas con llanto tu lecho,
mientras palpita en tu pecho
el eco de una plegaria!

¡Pobre niña, acaso envuelven
tu vida los desengaños!
No sabes que, cual los años,
las ilusiones no vuelven!

Radiante tu frente pura
perdió su color de rosa...
¡Por qué nacer tan hermosa
para llorar la hermosura!

¡Por qué te quisieron dar
divinos ojos que abrasan,
si sus pupilas arrasan
las lágrimas del pesar!

¡Por qué tus negros cabellos
flotan en trenzas rizadas,
mientras sus hebras doradas
el sol va dejando en ellos!

¡Por qué tu faz sonriente,
triste, apenas se mira,
como la aurora que espira
en las sombras de Occidente!

¡Ya tu primera ilusión
muere al placer que la engrie,
mientras tu boca sonríe
y llora tu corazón!...

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores;
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

Sé que hay penas que devoran
las dichas que el pecho encierra,
y que el martirio en la tierra
son de las almas que lloran.

Sé que de tu vida en pos
van ilusiones perdidas,
dejando en el alma heridas
que sólo las cura Dios.

¡Mas tus nubladas auroras
viven sin dicha ni calma?
Si pierdes una flor tu alma,
¿quién te pregunta si lloras?

¡Qué importa, mujer, que duerma
tu pensamiento sereno,
si se agitan en tu seno
suspiros de un alma enferma!

¡No eras flor do tuvo puesto
frondoso jardín su orgullo?
¿Y abristes ¡ay! tu capullo
para secarte más presto?

¡Para revolotar cautiva
entre las alas del viento,
y sucumbir á su aliento
cual muere la sensitiva?

¡Para ver de tu esperanza
un tiempo alegre y fecunda
la opaca luz moribunda
apagarse en lontananza!...

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores;
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

¡Piensas que tras esa calma
que hace tu frente sombría,
yo no adivino, hija mía,
la tempestad de tu alma?

¡Infeliz! por mar incierto
corre sin rumbo tu nave...
pero dí, mujer, ¿se sabe
quién pueda llevarla al puerto?

¡Acaso el alma que pura
su fé en tu pecho destella
podrá revivir la estrella
de tu perdida ventura?

En los azarosos días
que alientan tu desencanto,
¿podrán enjugar tu llanto
las pobres lágrimas mías?

No sé si mi fé profana
tus virtudes y oraciones,
al verter sus ilusiones
sobre tu mente cristiana.

Mas si en mi delirio insano
llego á interrumpir tus preces,
rezaré cuando tu reces
con mi corazón cristiano.

Y si el fuego que en él arde
no puede alentar tu fé,
me resta decir... ¡por qué
la he conocido tan tarde!

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores;
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

A. ALCALDE VALLADARES.

BON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Fué señor de la Torre de Juan Abad, y nació en Madrid en 1580. Estudió en Alcalá y se graduó de teología á los 15 años: pero no por eso dejó de aplicarse á las demás facultades, saliendo muy aventajado en ellas, especialmente en toda clase de erudición sagrada y profana, y en las lenguas griega y hebrea. Era diestro en el manejo de las armas, y alcanzaba grandes fuerzas, lo cual le ocasionó varios lances en el discurso de su vida. Uno de ellos le obligó á huir á Sicilia, donde á la sazón se hallaba de Virey el célebre duque de Osuna, D. Pedro Giron. La protección que logró en este señor, y los servicios distinguidos que le hizo, así en Sicilia como en Nápoles, le valieron el favor de la corte, la gracia del hábito de Santiago, y ser recomendado al Duque para que le emplease en nuevas comisiones. Pero la caída del Virey en 1620 arrastró consigo á Quevedo, que, fiel á su protector, siguió la misma suerte, y padeció las mismas desgracias. Tres años y medio estuvo preso en la Torre de Juan Abad, sin que se le hiciese cargo ninguno, y al cabo de ellos, dado por libre, pudo, á pesar de sus émulos, venir á la corte, donde fué en gran manera estimado por Felipe IV, (que le destinaba á empleos de la mayor consideración. Pero Quevedo ya entonces deseaba retirarse del bullicio del mundo á la tranquilidad doméstica; y ansioso de lograrla, se casó por los años de 1634, con doña Es-

peranza de Aragon, señora de Cetina. La muerte de esta señora burló todos los proyectos de Quevedo, y fué la señal de nuevos infortunios. Sus enemigos le hicieron sospechoso al Gobierno, el cual dió orden para que se le embargase su hacienda, y se le llevase preso á la casa de San Márcos de Leon. Su encierro fué tan estrecho y miserable, que se le tenía que vestir y alimentar de limosna, y á falta de facultativo, tuvo él mismo que cauterizarse tres llagas que, por la humedad del sitio, se le habian cancerado. Escribió al Conde-Duque sincerándose, y esto le produjo algun alivio; hasta que, averiguado el autor de un libelo, con cuyo pretexto se le habia preso, fué puesto en libertad, y pudo venir á la corte. Mas la pobreza á que estaba reducido, no le dejó permanecer aquí mucho tiempo; y vuelto á su villa de la Torre, murió de un achaque de pecho, contraído en su prision, en 8 de Setiembre de 1645, á los 66 años de su edad.

MARÍA STUART.

SU DRAMÁTICA VIDA Y REINADO

1542-1587.

XXVII.

Conducta de Jacobo VI en el negocio de su madre.—Débiles reclamaciones á la reina de Inglaterra.—Conformidad con la respuesta que la misma dió.—Inutilidad de toda significacion contraria, directa ó indirecta.—Medios que empleó Isabel para hacer fracasar la intervencion de Francia.

El corazon humano es un abismo en donde se pierden hasta los afectos más naturales. No es esto sentar una premisa concluyente, pero sí patentizar una excepcion que degrada al sér sensible. Encarnado en la naturaleza el amor filial, hasta en los brutos vemos palpables ejemplos de ese sentimiento que unifica en ocasiones determinadas al hijo con el padre; esas ocasiones son indudablemente aquellas en que pelagra la existencia del que ha dado el sér; entónces es cuando con una fuerza superior el amor filial hace prodigios para contrarestar ese peligro y salvar al que con esa frase tan elocuente brota del alma, *madre mia ó padre mio!* unificamos á nuestra propia existencia. Ver lo contrario en el curso de los siglos, es hallar esa excepcion degradante, peculiar sólo á un aborto de iniquidades, á un Neron.

Sin tener María ni un solo punto de semejanza con Agripina, hubo en Jacobo VI algo de lo que ha hecho odiosa la gran figura del emperador romano. El rey de Escocia, pobre de talento, de carácter pusilánime, un poco supersticioso y un mucho ambicioso, estaba en el deber de defender á su madre más que nadie, de arrancarla de las garras de la pantera que se sentaba en el trono de la Gran Bretaña, que ávida de beber su sangre la llamaba en público su hermana querida y se lamentaba de su triste suerte, para poder con más libertad en su más apartada cámara de Whithe-Hall afilar el traidor puñal con que pensaba herir su noble corazon. Jacobo era rey casi usurpador, sin que hubiera precedido á su advenimiento una abdicacion formal de su madre; tenia mucho apego á la corona, y en esto se halla la explicacion de su conducta descastada. Mr. de Courcelles, embajador de Francia en su corte, le excitó en nombre de Enrique III para que se uniera á él y trabajara por la libertad de su madre. Todo fué en vano. Jacobo casi apoyaba el proceder de Isabel, llegando hasta calificar á su madre de perturbadora del público sosiego de Inglaterra y de Escocia.

Cuando se vieron claramente las aviesas intenciones de Isabel, la nobleza de Escocia, herida en su tradicional dignidad, protestó casi en masa del crimen nefando que se preparaba. Angus, Claudio Hamilton, Huntly, Herries y otros principales barones declararon públicamente que preferian tomar las armas y declarar la guerra, á tolerar que su antigua soberana fuese tratada tan inicua-mente por la reina de Inglaterra. Entónces fué cuando Jacobo, viendo la actitud de su nobleza y el amenazador aspecto del pueblo, que le denostaba continuamente cuando salia de su palacio, se decidió á intervenir en aquel asunto más por política que por amor. Envió á Londres á Gray, hombre de perversos sentimientos y antiguo é irreconciliable enemigo de María, para que abogara por la libertad de ésta cerca de Isabel. El embajador no podia ser más á propósito para representar á un mal hijo y un rey imbecil. Gray aparentó el mayor interes hacia la infortunada reina, engañando con esto á Bellievre y á Roberto Melvil, cuyos esfuerzos en favor de su antigua soberana fueron nobles pero inútiles. El enviado de Jacobo secretamente aconsejaba á Walsingham que la hiciera morir por veneno, mejor que ejecutarla públicamente. Así pasaban los dias.

Isabel despidió á Bellievre con promesas que no esta-

ba en su ánimo cumplir, y embajador del rey de Escocia dió por respuesta que no estaba en su mano complacerle, pues el asunto de la reina María era un negocio de la nacion, y al Parlamento incumbia resolver acerca de su ulterior destino, que no dejaria de ser en ningun caso adecuado á lo que ella merecia.

Esta capciosa declaracion, que casi expresaba los propósitos de Isabel, mereció la más completa conformidad de Jacobo, que se creyó haber cumplido como rey y como hijo. Algunos historiadores, apurando la materia, alegan en su defensa que nunca pudo sospechar, ni aun remotamente, que peligrara la vida de su madre. Tan pobre defensa no atenua y si agrava la maliciosa complicidad de Jacobo VI en el crimen de Fotheringay.

Resuelta definitivamente la suerte de María, se trasladó con facilidad á pesar de la reserva con que se pretendia obrar. Ya hemos dicho la intervencion que Francia tomó en el asunto, y con cuánto interes los dos embajadores, el ordinario y el extraordinario, trabajaron en pró de María. El resultado de las gestiones públicas debia haber sido previsto. Quedaban aún los trabajos privados llevados á cabo, tanto por Chateaufort como por Bellievre cerca de los ministros, consejeros y miembros más influyentes de ambas cámaras. Las significaciones directas ó indirectas, encaminadas á salvar la vida de María, fueron todas inútiles. No hubo nadie que se prestara á influir en la salvacion de la pobre reina, ni aun el venal Leicester, no obstante que se le dejó entrever la posibilidad de un casamiento con María, que con él seria colocada en el trono de Escocia. El intrigante favorito al contarle á Isabel aquel mismo dia la proposicion de que habia sido objeto, le dijo como consejo:—«Es necesario herir para no ser herido; si no hieres te herirán.»—Añaden sobre esto algunas memorias secretas, que esta prueba de adhesion le valió un regalo de quinientas mil libras que le hizo Isabel.

Desbaratados estos trabajos privados, faltaba aún hacer lo mismo con los oficiales. Isabel necesitaba entorpecer ó anular el carácter público del embajador de Francia, aunque tuviera que suspender las relaciones con esta potencia algun tiempo. Véase cómo lo consiguió:

Un noble llamado Staffor, hermano del embajador de Inglaterra en París, joven de malos antecedentes por su relajada y miserable conducta, se presentó una mañana en el hotel de Chateaufort, para comunicarle cómo cierto preso por deudas en la cárcel de Newgate, habia combinado un plan de sumo interés para salvar á la reina de Escocia, de lo cual podria convencerse enviando á uno de sus secretarios. Añadió que si el embajador daba ciento veinte escudos, por los cuales estaba encerrado Moody, que así se llamaba el preso, éste recobraría su libertad, y podria poner en ejecucion, sin pérdida de momento, el plan que habia combinado. Chateaufort tuvo la debilidad de atenderle, y envió á Mr. Destrappe, agregado á la embajada, á enterarse del plan. Este consistia pura y simplemente en asesinar á Isabel, por lo que Destrappe lo rechazó en nombre del embajador y en el suyo propio. Cuando Staffor se presentó en la embajada para saber la resolucio, Chateaufort le despidió de ella con la mayor política, prohibiéndole que en lo sucesivo volviera á poner los piés allí. En seguida, previendo en aquello una complicacion adversa á la causa de María, despachó al mismo Destrappe para París con pliegos importantes, dando cuenta de lo que habia ocurrido. Aquella misma tarde circuló por Londres el rumor de haberse descubierto una conspiracion dirigida por el embajador de Francia, la cual tenia por objeto quitar la vida á Isabel para salvar la de María. Los más absurdos planes circulaban de boca en boca, y los ministros de Isabel fingieron la mayor indignacion al saberlos. Interceptaron los despachos del embajador, y prendieron á Destrappe cuando iba á embarcarse. Chateaufort fué citado á comparecer ante Leicester, Burghley, Halton y Davison que le acusaron de conocer cuando ménos un complot contra la vida de su soberana y no revelarlo. El resultado fué el que se apetecia. Inglaterra cerró sus puertas y estuvo incomunicada por algun tiempo con el continente.

Chateaufort perdió todo su prestigio y hasta el carácter de embajador de que se hallaba investido, y las relaciones con Francia quedaron en suspenso hasta que Isabel enviara su embajador extraordinario á París á arreglar aquella nueva cuestion.

De esa manera se evitó el retorno de M. de Bellievre á Londres, de esa manera la astuta Isabel logró, con tan maquiavélica intriga, invalidar los generosos esfuerzos que Enrique III estaba haciendo por salvar la vida á la viuda de su hermano, que tan querida habia sido y era todavía en Francia.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion.)

A LA PAZ.

¡Cuán dulce y cuán hermosa
Reinando, paz amada,
Te presentas á un tierno corazon!
No es tan bella la rosa,
Ni la luz tan preciada,
Como del mundo tus delicias son.
Por tí rie tranquilo
El rústico en el campo,
Duros terrones convirtiendo en pan.
Por tí en su pobre asilo
Vuela cual débil lampo
Su alegre vida entre sudor y afan.
Rigiendo tú, las artes
Sus partos multiplican;
El ócio muere y reina la labor:
Suenan en todas partes
Los golpes que publican
El triunfo de la industria y su esplendor.
Ven, paz, y al rey augusto
En su dichoso dia
Viste de olivo y de laurel la sien.
A los piés de su busto
La cruel guerra impía
Y el odio atados con cadena estén.
Ay! no pierda la España
La dicha que á tu sombra
Disfruta ansiosa en su feliz natal.
De la pobre cabaña
Al alcázar que asombra
Todos te invocan con afecto igual etc.

En fin, á la prematura muerte de la joven condesa de Tilly, hija del conde de Ofalia, nuestro embajador entónces en París, publicó el dicho vate valenciano otra composicion elegiaca, de que tomamos los metros siguientes:

¡Quién al dolor se niega
Y lágrimas no vierte
Sobre la tumba de Narcisa hermosa?
Tácita y presta llega
A su lecho la muerte;
Y torna palidez la fresca rosa.
Su boca deliciosa
Suave olor aspira,
Y llamando á su padre al punto espira.
Padre! el favonio lleva
Estas voces al Sena,
Y el conde vuela al caro Manzanares.
Ya la terrible nueva
En sus oídos suena,
Al ver de Mántua los preciados lares,
Que en los sacros altares
Fúnebre voz murmura:
«Sombra es Narcisa, polvo su hermosura.»
¡Con que tambien perece
La virtud candorosa
Entre los brazos de la muerte cruda!
¡Y apénas amanece
La belleza graciosa,
Cuando la eclipsa ya la tumba muda!
El mismo amor no escuda
De su fiera guadaña,
Que despuebla el palacio y la cabaña etc.

Siguiendo el ejemplo de aplicacion y laboriosidad, que daba el presidente de la reunion apolínea, el inspirado y fecundísimo Arolas leyó á sus compañeros muchos versos, que fueron la admiracion de sus condiscípulos, como lo fueron años despues de la España entera, cuando salieron á luz coleccionados en varios tomos. Sólo citaremos del malogrado Cisne, hijo ilustre de Barcelona, sus bellísimas y fáciles redondillas á Napoleon, y sus inimitables y sublimes cuartetos á Dios; cuartetos, que constituyen uno de los más brillantes lauros de su poética guirnalda. En la imposibilidad de presentar íntegras estas dos preciosas poesías, por ser algo largas, y especialmente por estar incluidas en el tomo de *Orientales y Caballerescas*, publicadas por Cabrerizo en Valencia el año 1840, vamos á transcribir para solaz de nuestros lectores los siguientes fragmentos:

VI.

AL SEPULCRO DE NAPOLEON.

Duerme tu sueño profundo,
Duerme en paz, hombre de gloria,
Ya que no puede en el mundo

Dormir nunca tu memoria.
Coloso de la fortuna,
Fundido para la guerra,
Con la frente allá en la luna
Y por pedestal la tierra;
Genio y númen verdadero
Con la máscara mortal,
Con un corazón de acero
Y un pecho de pedernal;
Aguila del torbellino
Que arrebatases tu vuelo,
Para medir el destino
Por los espacios del cielo;
De las sombras la mayor,
Sombra reina de los manes,
Sombra del conquistador.....
Por sepulcro no te afanes.
Que abortó naturaleza
Peñasco en el hondo mar,
Lecho para tu cabeza,
Donde debes descansar.
Que no puede ciertamente,
Mientras que tu fama zumba
Soportar el continente
Todo el peso de tu tumba.
Émulo de los titanes,
Ebrio de gloria y honor,
Hijo de los huracanes,
Busca á Homero por cantor.
Él con su trompa inmortal
Puede ensalzar tus blasones
En la gruta de Fingal,
Cercado de mil tritones etc.

Magníficos son estos versos, pero mejores son todavía los siguientes, con que el bardo catalán termina su himno sagrado á Dios.

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,
Y al mar señalaste linderos prescritos,
Tu amago de enojo produjo el diluvio,
Tu enojo el infierno, do están los precitos.

En vano con sombras el caos se cierra,
Tu miras al caos, la luz nace entónces,
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,
Tú mides los siglos, que muerden los bronce.

De largo reposo dictándoles leyes,
Alzaste los montes gigantes dormidos,
Poniendo en algunos á guisa de reyes
Diadema de fuego, volcanes temidos.

Concede á mis penas la luz de bonanza,
La paz á mis noches, la paz á mis días,
Tu amor á mi pecho, tu fé y tu esperanza
Que es bálsamo puro, que al ánima envías.

Hablando de esta y otras poesías religiosas del mismo vate el difunto Rivot, dice con razón: *Todas las estrofas, todos los versos de los cantos religiosos de Arolas envuelven un pensamiento sublime, que parece que nos eleva, al leerlos, sobre nosotros mismos; pensamiento que es más fuerte que nosotros, pues nos lleva consigo, y que goza al mismo tiempo de una naturalidad tan inexplicable, que hace su análisis absolutamente imposible, y en otra parte dice el mismo crítico, hablando de su paisano: Cuando nos pinta á Dios con toda su majestad, con toda su grandeza; nos parece, que con toda su inmensidad se encierra en los himnos de nuestro gran poeta.*

El Sr. Bono Serrano al oír los hermosos metros de Vayo, Arolas y demás compañeros de estudio, desplegó tanta aplicación y constancia, que no quedó rezagado (*occupet extremum scabies*) en el áspero camino que conduce á las escabrosas y casi inaccesibles cumbres del Pindo.

«Por estas asperezas se camina

«De la inmortalidad al alto asiento;»

como dice el Príncipe de nuestros vates. Estimulado el joven aragonés con tan repetidos y laudables ejemplos de sus discípulos, procuró denodadamente imitarlos, en cuanto permitieran sus fuerzas. Ninguno de sus colegas escribió y trabajó más para hacerse digno de algún lauro, al ver la frente de algunos de sus amigos, decorada ya por la mano de las Musas. Entónces fué cuando escribió su *Elegía sacra á la Santísima Virgen María al pie de la Cruz*, que tantas veces han publicado los periódicos posteriormente en Madrid, Sevilla, Barcelona, Cádiz, Granada y otras ciudades. Nos place presentar aquí algunas estrofas de tan melancólica y tierna poesía; aquí están:

Ya que desamparada de los hombres
Y hasta del mismo cielo,
Llorais vuestra orfandad y desconsuelo,

Desolada Señora;
Permitid compasiva os acompañe
El triste pecador que también llora.
Dadme que vuestros pies humilde bañe
Con emociones de filial ternura,
Sin rechazar, benéfica María,
Mi torpe indignidad, mi boca impura.
Dadme, sí, que en el polvo prosternado
Considere el martirio, la agonía
De vuestro corazón despedazado,
Y arderá en vuestro amor el alma mía.
El Cordero inocente,
Que del seno del Padre á lavar vino
De su costado en el raudal divino
Al humano linaje delincuente;
El inefable Verbo,
Que para abrir las puertas eternas

Con fragor se quebrantan: hoy el mundo
A su caos primero
De grado volver quiere,
El gemido escuchando postrimero
Del Redentor que por el hombre muere.
Enmudece de espanto, oh lira mía,
Cuando naturaleza
Pregona en plañideros alaridos
Su sombrío terror y su tristeza.
En flores de sepulcro convertidos
Tus adornos de rosa y azahares,
El acento suspende melodioso:
Que con silencio humilde y religioso
Más que en dulces cantares,
Plugo al cielo benigno concederte
Acompañar en tan funesto día
Del buen Jesús la dolorosa muerte,
La soledad y angustias de María.
(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

PLAZA DEL GRAN DUQUE EN FLORENCIA.

Es Florencia una de las más hermosas ciudades de Italia que, llena como sus demás hermanas de monumentos artísticos y de preciosas obras de arte, presenta á la vista del viajero y del curioso un vasto museo al aire libre. Más de doscientas estatuas, obras de la antigüedad y obras del Renacimiento, se destacan por doquiera, y en sus galerías se encuentran obras del cincel griego, que como la Venus de Médicis, el Fauno danzante y la Niobe, serán siempre la desesperación de los artistas, pues sólo Grecia conoció el admirable secreto de animar los mármoles.

La patria del Dante y del Petrarca, la de Andrés del Sarto y Cimabue, puede gloriarse de ser una de las ciudades de Italia, en que el artista tenga más que admirar, pues cuadros, estatuas, catedrales, arcos, palacios, todos, todos dicen al viajero que los hijos de Florencia han cultivado el arte con el más puro entusiasmo.

No es nuestro ánimo hacer aquí la descripción de sus numerosos monumentos, bastando á nuestro propósito decir que de las diez y siete plazas que cuenta, una de las más bellas es la que se llama *Plaza del Gran Duque*, dicha así porque en ella se halla el *palazzo vecchio*, morada en otro tiempo de los Grandes Duques, cuyo palacio representa nuestro grabado.

DE LA MANO Á LA BOCA....

CUENTO POPULAR.

Vivia en un pueblecito de la Andalucía baja una mujer ya entrada en años, sumamente celosa de su fama, muy apegada á las cosas de la Iglesia, y escrupulosamente observadora de los preceptos divinos.

Pero á pesar de estas apariencias, no pertenecía aquella mujer á esa clase de gentes, por lo común sencillas, que dejándose llevar de su humildad de corazón, desprecian las burlas del mundo que

arroja sobre ellas como un padron de ignominia el calificativo de beatas, porque ni comprende ni sabe imitar su callado heroísmo, é identificadas con la virtud, sólo piensan en acercarse al cielo, alejándose cada vez más de la tierra.

Léjos de esto, aquella mujer que hasta entónces había llevado una vida relajada, cubriase ahora con la apariencia de una religiosidad austera, como con un nuevo disfraz que ocultase sus vicios. Así, pues, era mal vista y odiada en el pueblo, donde sólo se la conocía por el apodo de *Maricuernos*.

Una tarde al oscurecer llegó al pueblo un destacamento de tropas, siendo repartidos los soldados, por medio de boletas, entre todos los vecinos. Un sargento, hombre buen mozo, calavera y ladino si los hay, fué alojado en caso de *Maricuernos*: la campana de la iglesia tocaba las Animas, cuando el sargento, con su boleta en la punta del fusil, llamaba á la puerta de su alojamiento.

—Quién es? preguntó *Maricuernos* abriendo el postigillo.

—Patronal gritó el sargento. ¿Tiene V. una cama y un trago de vino para un soldado harto de caminar?



PALACIO DEL GRAN DUQUE EN FLORENCIA.

Escogió al humanarse como siervo
Vuestras castas entrañas virginales;
De la Cruz inmolado ya en el ara,
Yace ahora sangriento
En vuestro dulce maternal regazo,
Y al estrecharle en entrañable abrazo
Acreceis más y más vuestro tormento.

La Elegía termina con estas dos estrofas:

Madre del infortunio,
De la inmortal Sion Virgen sagrada,
Todo arrecia la horripalada tormenta,
Do fluctuar os veo consternada.
La creación lamenta
La muerte de Jesús. El sol fallece,
Y la noche enlutada se presenta.
La tierra con espanto se estremece;
Reluchan los furiosos aquilones,
Sacudiendo en su empuje las montañas,
Que servían de techo á sus prisiones.
Brama el mar iracundo,
Abrense los sepulcros; los peñascos

Ayuntamiento de Madrid



Pl. 158.

1058

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim II, 3.

—Ay, Jesús! Ave-María Purísima! ¡Válgame San Cayetano bendito! respondió aterrada la beata. Yo soy una mujer sola y doncella, y no puedo abrir la puerta á un hombre.

—Pero, señora, cree V. que la voy á tirar un bocado?... —No digo yo tanto, señor: pero ¡qué dirá la gente si se queda un hombre en mi casa!... ¡Ay, Jesús; no lo permita su Divina Magestad!.. V.

—Pero, señora, tenga V. una poquita de confianza en sí misma, que yo soy un hombre...

—Nada, nada, replicó Maricuernos: le digo á V. que no abro.

Y cerrando el postiguillo, dejó al sargento con tres palmos de narices.

—¡Por vida de la... buena mujer esta! exclamó dando una patada, que si no hizo brotar, como la del caballo Pegaso, la fuente Hipocrene, le hizo ver las estrellas contra un chino saliente.

Tal es la cólera: el primero á quien castiga es siempre á aquel que se deja llevar de sus ímpetus.

El sargento, renegando de todas las mujeres en general y en particular de Maricuernos, se entró á desahogar su rabia en una tabernilla que frente por frente de la casa habia. Acrecentó su coraje el tabernero, informándole de la casta de pájaro que la beata era, y ya no reconoció límites cuando vió adelantarse por la calle arriba un rollizo lego de San Francisco, que llevando colgado del brazo un canasto cubierto con blanquísima servilleta, fué á llamar á la puerta de Maricuernos.

Abrióse el postiguillo, luego la puerta entera, y lego y canasto por allí desaparecieron.

—Ah, bribona, y cómo va asomando la oreja! exclamaba el sargento fuera de sí. Pero ó no me llamo Morrones, ó los cojo en la ratonera.

Y relamiéndose el bigote sólo de pensar en el tapado canasto, fuése derecho á la puerta de Maricuernos, buscando en su imaginación un conjuro que equivaliese al famoso: sésamo, abrete, de Ali-Babá.

Decidióse por fin á levantar el aldabon, y dejarlo caer con estrépito: abrióse entónces el postiguillo, y un tre-

mendo y mal humorado, —¿qué busca V. á estas horas?— hirió los oídos del sargento Morrones.

—Patrona! replicó éste con voz de trueno; en ninguna parte hay alojamiento, y si no me abre V. la puerta, la echo abajo.

—Vaya! pues no faltaba más...

—Pues ménos falta, patrona; que si yo vengo aquí es

mos?... Le digo á V. que si le abro la puerta ha de irse derecho á la cama, y no se ha de menear de allí por nada de este mundo.

—Descuide V., patrona, que de sueño que tengo, traigo un ojo cerrado y sólo el otro abierto.

—Me dá V. su palabra?... —Señora, palabra de honor; y añadió en voz baja: sin h.

Maricuernos abrió la puerta, porque en aquellos tiempos hasta aquella mujer hipócrita, y como tal desconfiada, tenia fé en la palabra de un soldado. ¡Habian faltado tan poco á ella!

No bien el sargento Morrones franqueó la puerta, fuése derecho en busca del canasto. Era la casa en extremo pequeña: sólo constaba de una sala con su alcoba, y un pequeño cuartito independiente que era el destinado al sargento. Este tendió rápidamente la vista por el cuarto y no vió el canasto de la blanca servilleta: en la sala no habia más escondite que una alacena, luego allí debia de estar encerrado. ¡Pero y! el lego?

El sargento tendió de nuevo la vista, y á través de la puerta de la alcoba, cubierta por unas almidonadas cortinas blancas que se sujetaban en clavos dorados, divisó una cama alta y mullida, y debajo de la cama, asomando por el fleco de la colcha, el pico de un hábito franciscano.

—Ya está acá, murmuró el sargento.

Inquieta Maricuernos mientras tanto, instaba al sargento para que se fuese á su cuarto.

—Vaya! le decia; yo pensé que los militares tenían más palabra.

—Señora, pensé que, creí que, y entendí que, se murieron.

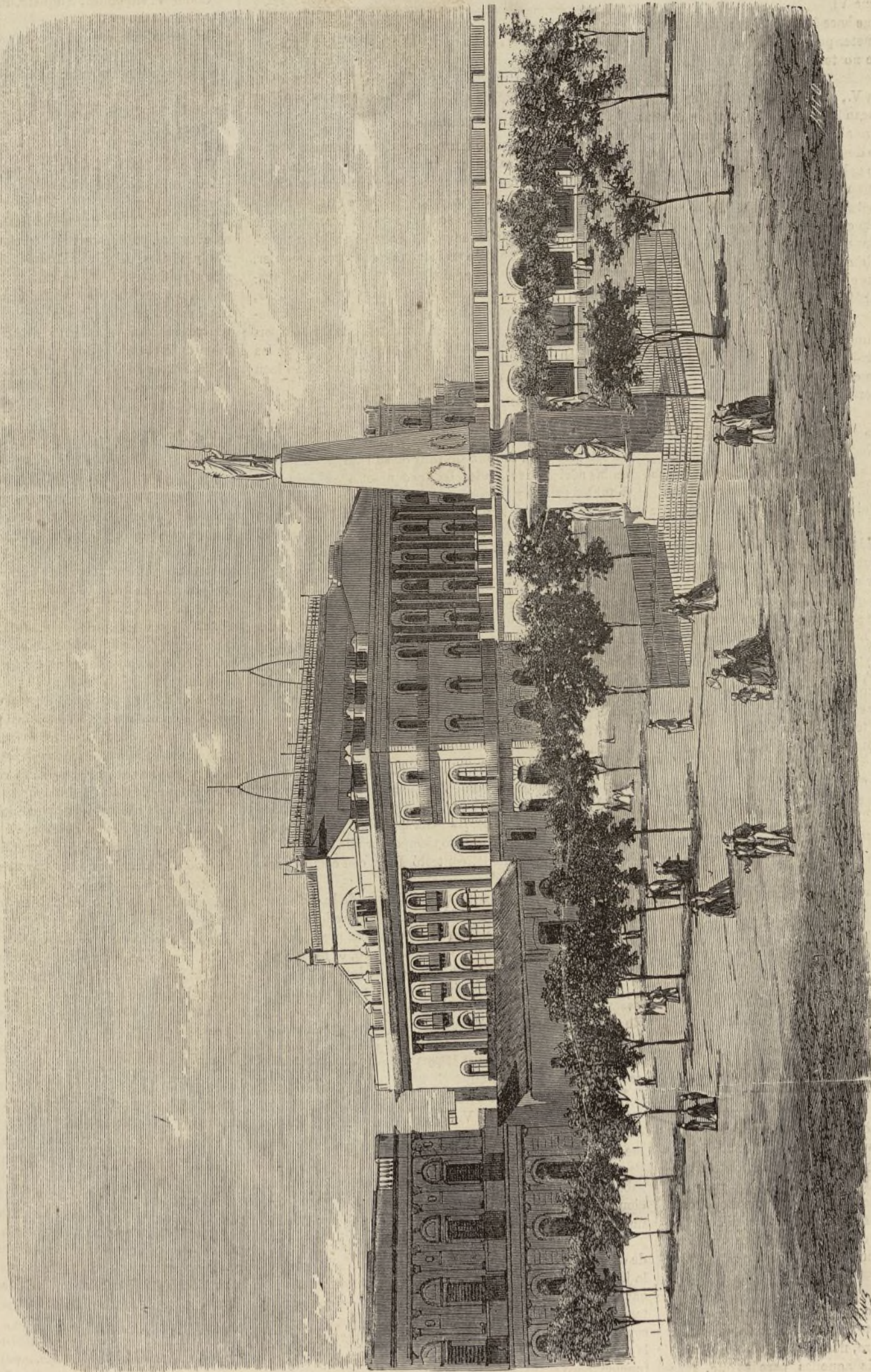
—¡Ay qué r cioso! lo que yo

digo es, que V., me ha dado palabra de honor...

—Señora, yo dije honor sin h.

—Vamos allá con el hombre, que no parece sino que ha comido lengua. Pues acábese V. de ir, si no quiere....

—¡Pero, patrona, voy á acostarme sin cenar, con las tripas como cañon de órgano!...



PLAZA MAYOR DE BUENOS-AIRES.

por órden del alcalde, y por una cama que V. me preste, no se le ha de romper ningún hueso.

—Pues mire V., replicó Maricuernos intimidada por el tono del sargento; si le abro á V. la puerta ha de ser con condicion...

—¿Qué lo tuyo sea mio y lo mio tuyo nó?... ¡C riente.

—Vamos á ver, que yo no soy mujer de guasa, ¡esta-

—Pues yo no tengo nada que darle á V., que hoy es día de ayuno y ya he hecho colacion.

—Pues mire V., patrona, yo como no tengo veintiun año, bien puedo cenar.

—Que no tiene V. veintiun año?... Y los que anduvo á gatas y estuvo V. en la escuela.

—Pues por eso no tengo veintiuno, sino cuarenta y dos.

—Ay que gracia tiene V!

—Esa es la que V. me hace á mí, patrona: con que á ver si me dá V. algo que meter por el pico.

—Le digo á V. que no tengo en casa ni un ciento en boca.

—Y por eso se apura V., replicó el sargento. Vea usted este librito, añadió sacando uno en cuya portada se leía Ordenanza militar; pero al que Maricuernos, que no sabía leer, tomó por uno de los siete libros sibilinos. Pues en ménos que canta un gallo, va á traernos aquí, por arte de birlo-birloque, una media boda.

—Jesús, María y José! exclamó asustada Maricuernos. Este hombre tiene pacto con el diablo.

—Y que lo voy á traer aquí agarrado por un cuerno.

El sargento abrió el libro á la suerte, y haciendo sobre él cuatro cruces, pronunció misteriosamente estas palabras, que no son sino el Mambrú en lenguaje romáico.

Chalá Malbum chinguerar,
Birandon, birandon, birandera:
Chalá Malbum chinguerar
No se bus truterá.

Después de una breve pausa, consultó el índice del libro, y dijo á Maricuernos, que atónita la contemplaba:

—Ya tenemos que cenar, patrona: abra V. esa alacena y verá un canasto de palmas tapado con una servilleta.

—Ave María Purísima! exclamó la beata santiguándose aterrada.

—Sin pecado concebida, contestó el sargento; y como viese que atónita Maricuernos no se movía, levantóse de su asiento y puso de par en par la alacena.

Allí estaba el canasto que, cual si fuese el cuerno de la abundancia, vomitó una suculenta cena, en que no faltaban las botellas de rico moscatel y las apetitosas jicaras de chocolate.

—Magnífico! exclamó el sargento con la boca echa agua; y variando de tono añadió:—Patrona, voy á darle á V. un aviso, en esta casa está huésped el diablo.

—Ay, sí señor; que lo tengo á V. en ella!

—No lo crea V., patrona, que yo soy quien lo vá echar fuera.

—Ay, sí señor! Hágalo V. por caridad!

—Pues venga acá una escoba mojada en agua de la tinaja.

Maricuernos, que no las tenía todas consigo, con semejante huésped en su casa, trajo al punto lo que se le pedía.

—En qué figura quiere V. que salga? le preguntó el sargento.

—En la que V. quiera, con tal que sea pronto

—Le parece á V. que lo saque en figura de toro?...

—Ay, no señor, que vá á meter mucho alboroto.

—Y en figura de león?...

—Jesus, hombre, que miedo!

—Pues mire V., lo sacaremos en figura de lego de San Francisco, y á nadie llamará la atención.

Maricuernos dirigió una rápida mirada debajo de la cama, figurándose que de allí iba á salir el diablo: pero temiéndolo, sin duda, acabar de descubrir el pastel, no añadió una sola palabra. El sargento cogió en una mano la escoba, y en la otra el libro misterioso, y repitiendo su extraño conjuro, dió una vuelta por el cuarto.

—Ya viene, patrona, ya viene! gritó de repente: á cuatro piés va á salir, y deteniéndose delante de la cama, alza la colcha, sacude la escoba á manera de hisopo, coge por la cogulla al lego, que salió á cuatro piés como había anunciado; lo enderezó, y dándole en la cabeza un soberbio escobazo, le aplicó la punta del pié á la parte postrema, gritando.

—Fúgite, demonios!

El lego salió disparado como una bala, cual si llevase en cada pié una locomotora, y una vez en la calle dejó escapar un profundo suspiro, mientras volvía sus ojos arrasados de lágrimas hácia aquellas paredes que, más crueles que las de Scias con Héctor, á más de su Andrómaca, le arrebataban... su cena!!!

LUIS COLOMA.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

Continuacion.

Señorita, conozco yo hermosas y ricas, virtuosas y amables, que apenas saben poner una carta; y esto ¿en qué consiste? en la ninguna instruccion que las damos. También se engaña V., Magdalena, al decirme que yo gustaría de una mujer que sólo se dedicase á la literatura y se olvidase de cumplir los sagrados deberes para que nació. Nó, Magdalena, nó! Eso sería la mayor locura. La mujer, antes que nada, debe ser mujer! y atender á las obligaciones y labores de su sexo; después de cumplidas éstas, el tiempo que la quede libre, ¿por qué no ha de poder dedicarse al estudio? Distraccion hermosa, que á nadie perjudica y que se puede tomar como un recreo. Todas las mujeres ¿no van á paseos, no concurren á bailes, no leen historia ó novela? Y bien! Si todo esto puede hacer, ¿por qué ha existir la preocupacion ridicula de que no pueda ser escritora la que tiene alguna disposicion para ello? En el tiempo que la mujer emborriona papel, ya que no sea otra cosa, es feliz sin salir de su casa, y no piensa en las necias frivolidades de la coquetería y el lujo, que á tantos padres y esposos arruinan. ¿La impide esto por ventura ser buena hija, tierna esposa y cariñosa madre? Nó. Ernestina es una jóven encantadora, y Dios quiera que la que algun día el destino me depare para esposa, se parezca á ella.

General, la cólera me ahogaba; no se podía con más finura llamarme vana y tonta. No era posible con tono más galante prodigarle un desprecio más frio. Felizmente Luis me sacó de mi angustia, pues entrando en el palco y dándome unos dulces, me dijo:

—Magdalena, acaso he tardado? Pero me dispensarás querida, pues estoy seguro que Estéban te habrá hecho pasar bien el rato.

—Gracias, Luis, contestó sonriendo Suarez; V. es demasiado amable.

Leocadia durante mi discusion con su hermano habia permanecido callada; pero al llegar mi primo, le dijo:

—Azpeitia, es V. un picaron y Magdalena demasiado indulgente; pero yo soy más mala que ella, y quiero que nos diga V. lo que hizo tanto tiempo por allá.

—Con el mayor gusto, contestó Luis con cómica gravedad.

Estuve leyendo unos versos lindísimos de la señorita Ponce de Leon, y los he traído para que tú los leas, Magdalena. Toma, entérate, porque es una cosa preciosa.

—Luis! le dije con sequedad Estás loco, ó te burlas! Quieres hacer de un palco un gabinete de lectura?

—Magdalena, interrumpió Estéban con un tanto de sarcasmo, me alegro que su primo de V. le hable como yo, de Ernestina, así se convencerá de que mi juicio no es parcial. Pero ¡calle! añadió riendo. ¿No deseaba V. conocer á la perla del Tórmes? Mire V. al palco donde ahora está el conde de Rosental.

Dirigí con presteza los gemelos al palco, y miré atentamente á su hermana de V. No necesito hacerle á V. su descripción, pues harto la conoce. Sólo le diré que su vista me produjo un malestar grande; no era tan hermosa como yo, pero se la podía llamar linda. Muchos jóvenes la miraban con avidez, y ella y yo éramos el objeto de la atención de todos. Mas ¡ay! Cuánto sufría yo! Ya no era la única, la exclusivamente admirada.

Ernestina me arrebatava la mitad de los aplausos que de derecho creía me correspondían. Desde aquella noche la juré un odio implacable, pues tenía el atrevimiento de hacerme frente: además, por un raro capricho, yo que habia tenido tantos galanteadores, ninguno me habia agradado como el conde. Así fué que, con una insistencia que llamó la atención, le perseguí con mis miradas durante toda la funcion, pero en valde! El conde, que no tenía ojos más que para mirar á Ernestina, ni aun siquiera reparó en mí.

Al acabarse la comedia regresé á mi casa encaprichada por el conde de Rosental de un modo terrible, y herida en mi vanidad por los elogios y la ovacion prodigada á Ernestina. Era preciso para que yo no me desesperase, que su hermana de V. dejase de brillar, que no la llamasen «la perla del Tórmes.»

Con terribles planes de venganza contra Ernestina, me acosté; planes que pensaba poner en ejecucion al día siguiente.

CAPITULO XVIII.

LUCHA DE AMOR PROPIO.

Como V. supondrá, Augusto, mi casamiento se difirió á petición mia.

Mi padre, siempre indulgente conmigo, no me preguntó cuál era el motivo de este nuevo capricho. No así Luis, que se disgustó bastante; pero yo le apacigué con promesas que nunca habian de realizarse, y él, que me amaba tanto, á todo cedía, aunque le costase mucho.

Pobre Luis! ¡Cuánto me quiso, y qué mal recompensado fué!

General, me faltan las fuerzas para seguir este triste relato; pero poco me resta ya, y aunque sea con pena lo concluiré.

Desde la noche que habia visto al conde de Rosental en el teatro, procuraba encontrarle, en los paseos, reuniones y visitas. Al divisarle, mis ojos se fijaban en él con aire significativo, ¡mas en vano! El conde, ó no reparaba en mí, ó aparentaba no verme. Con esto mi vanidad sufría heridas terribles, y me empeñaba con más furor en vencer al ingrato que me desdeñaba. Una lucha continua tenía yo con mi amor propio; lucha inmensa, y que habia momentos que agotaba mis fuerzas. Por un lado estaba Ernestina que me arrebatava la mitad de mis laureos, por otro el conde, que despreciaba los esfuerzos que hacía para atraerlo; así fué, Augusto, que su hermana de V. y Rosental llegaron á ser mi pesadilla. A mí! ¡á quien ninguno hombre habia resistido! me desdeñaba el conde. A mí! ¡con quien ninguna mujer se habia atrevido á competir! lo hacía Ernestina. ¡Era cosa de desesperarse! Ah! mi loca vanidad habia creído que mostrándome algo propicia al conde, éste no tardaría en caer á mis piés, como hicieron todos los hombres que me habia propuesto enamorar. Esta frialdad me encaprichaba cada vez con más locura, y lo que sólo la noche que le conocí, habia sido un cálculo por perjudicar á Ernestina, comenzaba ya á ser una pasion. Por la primera vez de mi vida me encontraba envuelta en mis propias redes; en las redes que yo tendiera al conde para vengarme de la poetisa.

Al mes de ver todos los días al conde, me olvidé de que Ernestina se habia apoderado de la mitad de mi corte: nada me importaba ya todo eso, pero sí que Rosental la amase. ¡El, á quien yo creía amar entonces! ¡El, que hacía latir mi corazón por primera vez á impulsos de un deseo amoroso!

No era sola mi vanidad la empeñada en esta lucha, también lo estaban mi corazón é intereses. Al ver que Venamegíame desdeñaba, me formalicé en unos términos, que juré en mi interior que sería su esposa, ó dejaría de llamarme Magdalena. ¿Qué me importaba á mí que Ernestina sufriese? Selo tenía bien merecido por haber competido conmigo.

En un pueblo de provincia nada está mucho tiempo oculto: pronto se enteró toda Salamanca que la insensible, la hermosa entre las hermosas, amaba al conde de Rosental, ó estaba seriamente encaprichada por él; pues ay, amigo mio, conozco, sin que me quede la menor duda, que lo que yo en aquella época llamaba pasion, era sólo capricho. Sea esto lo que fuese, lo supieron todos, y las envidiosas, á quienes yo ajara con mi belleza, se rieron, y los que yo habia despreciado se alegraron.

Ernestina tampoco ignoró que yo quería arrebatarla su novio, y ésta no me lo perdonó. Se estableció entre las dos una lucha continua y encarnizada, en la que nos heríamos sin compasion siempre que podíamos. Ella abatiéndome con su claro y poderoso talento: yo humillándola con miespléndida hermosura, que lejos de caer tomaba nuevo brillo con la lucha que sostenía. No se trataba ya de ser condesa, como en un principio deseaba; era necesario el vencer á Ernestina ó quedar hundida para siempre. Todos sabían que yo codiciaba al conde, y sino lo graba dominarlo, su hermana de V. se hacía invencible, y la reina de Salamanca dejaba de serlo. La ciudad entera estaba interesada en este reto, y habia partidos, unos por Ernestina, y otros por mí. Si yo no lograba arrebatár á Ernestina su amante, perdía mi ya pequeño prestigio; pero si, por el contrario, el conde me prefería á mí, volvía á sentarme en el trono de la vanidad y de las adulaciones, y Ernestina tendria que ir á ocultar su derrota en un oscuro rincón.

Cuánto no hacíamos valer al conde con esto! ¡Nosotras las mujeres somos las que damos importancia á los hombres con nuestras rivalidades y ridículos caprichos!

Al cabo de dos meses de lucha, no habia adelantado

nada, y comprendí que, con el método que llevaba, ni enamoraría al conde ni vencería á Ernestina.

Dijo un célebre filósofo que se dominaba á los hombres por medio de sus pasiones, y así me pasó á mí con el conde.

Llegó á Salamanca un joven malagueño, de la familia de Rosental, con quien él seguía un ruidoso pleito hacia dos años sobre algunos intereses. El caballero venía de Barcelona, donde le habían dado una carta de recomendación para que mi padre le prestase dinero, por que el pleito iba á verse en el Supremo Tribunal, y el andaluz carecía de medios para dirigirse á Madrid. Mi padre le recibió muy bien, le ofreció servirle, y después de una larga conferencia me lo presentó. Al verme, el caballero manifestó una admiración y asombro á que yo estaba acostumbrada, pero que sin embargo le agradecí. Después de dirigirme mil finas expresiones, me pidió permiso para seguir visitándome, á lo que accedí gustosa. El joven me veía con frecuencia, y pronto se atrevió á declararme su amor; amor que yo no rechacé, porque así convenía á mis planes.

Al poco tiempo se decía que el joven Sarmiento era mi novio, cosa que llamaba mucho la atención, puesto que me creían enamorada del conde.

Ernestina no fué la que menos se sorprendió, y acabó por creer que había desistido de mi propósito. Esto, General, era no conocerme. Magdalena Bellavista jamás dejaba de hacer lo que una vez había pensado, á pesar de todo y por encima de todo. Ernestina no me conocía y esto la perdió. Una confianza grande se apoderó de ella, y más al ver que yo variaba de conducta y la trataba con la más exquisita finura.

Al conde le llamó en extremo la atención mi mudanza para con él, y aparente indiferencia.

El amor que yo fingía tener á Sarmiento, lograron lo que no conseguían mis amorosos suspiros.

Rosental se creyó herido en su amor propio, viéndome preferir á su primo, á quien aborrecía, y temeroso que nuestro enlace le procurase el dinero necesario para ganar su pleito y apremiarle.

Por amor propio y por interés, procuró volver las cosas á su primitivo estado, y recobrar mis simpatías.

Adiviné su intención, y empecé á saborear mi triunfo; pero en vez de aceptar sus homenajes, le trataba con desprecio, infiriendo á su amor propio herida sobre herida, y prodigando en público mis atenciones á Sarmiento.

Ya sabía yo que éste era el medio más eficaz para alcanzar la victoria. Trocáronse, en efecto, los papeles; el conde era el que me buscaba, y yo la que le trataba con desden.

En este estado se hallaban las cosas, cuando una de mis amigas nos convidó á una comida de campo que pensaba dar en su hermosa quinta de Beliar, á dos leguas de Salamanca.

Luis y mi padre me acompañaron; mi infeliz primo en vano procuraba ocultar la angustia que le roía el corazón.

Más enamorado que nunca, ni aun tenía valor para separarse de mí como la primera vez. Débil y bueno, seguía atado á su cadena como el esclavo.

CAPÍTULO XIX.

DERROTA DE ERNESTINA.

Llegamos á Beliar, y saludamos á algunos convidados que estaban con los dueños de la casa. Los más se hallaban en los bellos jardines de la quinta, y allí me dirigí yo, mientras Luis y mi padre quedaron en el salón.

La primera á quien encontré fué á Ernestina, que traía en la mano un rico y bello ramo de flores. Venía corriendo, perseguida por otra joven, que se reía como una loca de su apuro.

Su hermana de V., al verme, se paró y me dijo sonriendo:

—Magdalena! V. sola por aquí? ¿En dónde dejó V. á sus dos galantes caballeros Luis y Sarmiento?

—Querida Ernestina, la contesté con finura, hoy me he separado por completo de los dos, y declarado independiente.

—De veras! me dijo con aire de duda.

—Sí, amiga mía, estoy completamente libre y dueña de mis acciones; pero, añadí con sorpresa, ¿y el conde de Rosental? Cómo no le veo á su lado de V.? ¿Acaso no ha venido?

La sonrisa desapareció de los labios de Ernestina, y sus dudas y antiguos celos volvieron á atormentarla; me miró fijamente, y me dijo con timidez:

—Se engaña V., Magdalena! el conde está aquí con otros caballeros, y hace pocos momentos que se separó de mí.

—Me alegro, señorita, lacont esté con sequedad, y luego proseguí con ligera ironía: No quiero privar á la reunión de la encantadora perla del Tórnes; yo conozco estos sitios, y así no es preciso que V. se detenga.

Ernestina me saludó con altivez y se apartó de mí.

Me dirigí por una calle de tilos, y fui á sentarme en un banco de piedra que estaba al lado del estanque.

No había nadie á mi alrededor, el silencio más profundo reinaba por todas partes y sólo le interrumpían los armoniosos trinos del ruiseñor y el gilguero. Me encontraba bien en aquella soledad encantadora, en donde nada me distraía. Corría un vientecillo suave y embalsamado con el aroma de las flores, el cual venía á acariciar mi enardecida frente, en la que bullían tantos pensamientos! así fué que al poco rato se apoderó de mí una lánguida melancolía, que me embriagaba. ¡Oh! ¡Cuántas cosas vinieron á mi imaginación! ¡Qué recuerdos de mi vida pasada!

Dejé caer la cabeza sobre mis manos, y permanecí absorta mucho tiempo. Al fin, después de media hora de meditación, la levanté y miré al estanque, en el que estaba reflejada mi figura. Exhalé un grito de asombro, por que estaba hermosísima.

Vestía una túnica de glasé verde, y un gaban de batista blanca, adornado con encajes de Malinas. Completaba mi atavío un sombrero pastora, de paja de arroz, con racimos de uvas. Volví á mirarme en las limpidas aguas del estanque, y mi vanidad quedó satisfecha. Me sonreí con placer, y pensamientos alegres vinieron á mi mente. Cómo era posible el resistirme siendo tan linda! Me burlé de mis dudas, y la seguridad más grande renació en mi corazón; imposible era que Rosental resistiese.

Amigo mío, como siempre, mi vanidad maldita me perdía é impulsaba á todo lo malo.

Sentí algún calor, y me quité el sombrero; con este movimiento mi peinado se deshizo, y me puse á componerlo, sirviéndome el estanque de espejo.

Cuando más distraída estaba en mi tarea, sentí pasos á mi espalda, me volví y estuve á punto de dar un grito, era... el conde de Rosental.

Confusa, solté las horquillas con que sujetaba el cabello, y este cayó en multitud de trenzas sobre mis hombros, formando un bello contraste su negro azabachado con la blancura del gaban.

El conde me devoró con una ansiosa mirada, y me dijo con sorpresa:

—Riquísima cabellera tiene V., hermosa Magdalena! mas, ¿cómo es que la encuentro á V. tan sola aquí, y arreglándose el peinado con el estanque por tocador!

—Caballero, respondí ruborizándome, dejé á mi padre y Luis en el salón con Carlota, y me dirigí al jardín en busca de mis amigas; pero encontrando este sitio solitario y encantador, me detuve un rato, y quitándome el sombrero por el calor, se me desarregló el cabello, que estaba componiendo cuando V. llegó.

—Por mí, no deje V. de seguir en su tarea, me dijo el conde con galantería, y aun podré yo servirle de camarera; y tocó con sus afilados dedos una de mis trenzas, sonriéndose con placer.

—Caballero, exclamé ofendida de su confianza, sería un honor para mí el tener una camarera tan ilustre como usted; pero como aceptar su ofrecimiento sería abusar de su amabilidad, ruego á V. que no se moleste.

—Como V. guste, Magdalena, me dijo con sumisión, sentándose á mi lado.

Yo me puse en pie, y empecé á buscar mis horquillas en la menuda yerba, que suponía caídas por allí; pero por más que miré, no pude encontrarlas, y mi disgusto fué grande al verme con el cabello tendido y sin poder arreglármelo.

—Magdalena, me dijo el conde sonriéndose, y mirándome con ternura: ¿sabe V. que está bellísima con ese elegante peinado desaliñado, en el que no hay más que naturalidad?

—Será cierto, conde, le contesté; pero le aseguro á V. que pagaría bien caras algunas horquillas para reparar este desaliño y naturalidad, como V. dice.

—Vamos! Dígame V., ¿cuánto daría V. por tener algo con que sujetarse el cabello?

—Lo que se me pidiera, Rosental, le respondí riéndome; mas V. no puede sacarme del compromiso, y tendré que estar así hasta que vaya al tocador de Carlota.

—Si yo la saco á V. de él, ¿me dará V. en cambio esa hermosa rosa blanca que veo en su mano?

—Oh! sí, le respondí con tono burlon; se la daré á V., ¡si me proporciona con qué componer estas rebeldes trenzas! Sería de ver! ¡El conde de Rosental convertido en buhonero!

—Magdalena, yo, por ganar esa flor, seré lo que V. quiera.

Al acabar de decir esto, sacó del pecho un rico alfiler

de brillantes, y dándole un ligero apretón, hizo de él dos lindísimas agujas de señora, para la cabeza.

Yo le miré sorprendida, exclamando:

—Conde! Acaso es V. mágico?

—Hermosa Magdalena, me respondió, sería.... hasta... brujo; pero el mecanismo de este alfiler no puede ser más sencillo. Perteneció á mi madre, quien le mandó hacer de modo que le sirviese de agujas y de alfiler.

—Conde, le dije, con gusto aceptaría las agujas que usted me ofrece para componer mis desordenados cabellos: mas esas joyas deben ser en extremo conocidas para que yo las ponga en mi cabellera.

—Como V. guste, señorita, murmuró el Conde resentido; pero no creo en verdad que su bella cabeza se deshonrase por usar mis agujas por unos momentos.

(Se continuará.)

EL CALAO RINOCERONTE.

El ave rinoceronte, vista por Boncio en la isla de Java, es mucho mayor que el cuervo de Europa. Llámala hedionda y fea, y la describe de este modo: «Su plumaje es enteramente negro, y extrañísimo su pico. Sobre su parte superior álzase una escrescencia córneá que se prolonga hacia adelante y tuerce en seguida por lo alto, en figura de cuerno, prodigioso por su volumen, cogiendo nueve pulgadas y cuatro líneas de longitud, sobre cuatro pulgadas y ocho líneas de ancho en su base. Véase este cuerpo variegado de rojo y amarillo, y como hendido por una línea negra que sigue por los dos lados su longitud. Abrense bajo de él las ventanas de la nariz, cerca del nacimiento del pico. Encuéntrasele en Sumatra, en Filipinas y en otras comarcas en los climas cálidos de las Indias.»

Algo añade Boncio á esta descripción, diciendo que se alimentan de carne y carroña, que siguen de ordinario á los cazadores de jabalíes, vacas silvestres, para comer la carne é intestinos de estos; pues hacen de ellos cuartos los cazadores para llevarlos con mayor facilidad y prontitud, y no dar tiempo á los calaos para que los tragan. Sin embargo, no caza esta ave mas que ratas y ratones, y por esta causa domestican algunas los indios. Según Boncio, antes de comerse un ratón aplástanle para reblandecerle, encerrándole en su pico el calao, y zámpansele después entero echándole al aire y recibiendo en su ancho gáznate: único modo de comer que le permiten la estructura de su pico y pequeñez de una lengua que se amaga en lo más hondo del pico y casi de la garganta.

Tal es el modo de vivir á que le obligó la naturaleza, dándole harto recio pico para su rapiña, pero debilísimo para combatir, muy incómodo por su uso, y de aparato que no compone más que diforme exuberancia é inútil peso. Estos excesos y defectos externos influyen al parecer en sus facultades internas. Es triste y salvaje, de grosero aspecto, y de incómoda y como fatigada actitud.

Explicación del Figurin 1058.

FIG. 1.ª *Traje de visitas.*—Vestido de terciopelo inglés, color marrón muy oscuro. Un rizado, dividido por el centro, y con cabecitas picadas, de raso marrón claro, va puesto encima de un rico encaje negro fruncido, y forma el adorno de la falda, completándolo á distancia conveniente un bullon del mismo raso con cabecitas picadas. Este y el encaje guarnecen la túnica ó grande aldeta recogida en pouf. El mismo bullon, orillado de dos puntillas negras, figura chaleco sobre el cuerpo. La manga, formada de dos bullones huecos, termina con ancho encaje negro dispuesto en abanico. Mangas interiores de encaje con puño rizado y gorguera de encaje, sombrero de terciopelo lila, adornado con plumas lila y encaje blanco y negro. Bidas lila; guantes color de paja.

FIG. 2.ª *Traje de paseo.*—Vestido de reps de lana azul de mar. La primera falda está adornada con cintas perpendiculares de terciopelo azul oscuro, puestas á distancias regulares las unas de las otras.

Túnica lisa, terminada en ondas y guarnecida con una ruche de la misma tela va recogida á ámbos lados por lazos con caídas. Paletot holgado de la misma tela, terminado en ondas y que además de la ruche lleva un largo fleco de seda. Los costados del paletot están también adornados con un lazo. Mangas interiores de batista tableada y orillada con una puntilla. Cuello correspondiente. Sombrero *Rubens* de seda azul, con pluma azul y blanca, y lazos de cinta con largas caídas que descienden sobre la espalda.

FIG. 3.ª *Traje de paseo para niña.*—Vestido de satén de lana, color punzó. En el bajo dos volantes ondeados, y ribeteadas las ondas con terciopelitos ó soutache negro. El superior lleva cabecita rizada. Carrik de cachemir blanco, bordado con soutache negro, y adornado con una puntilla de lana blanca. Capota-sombrero de cachemir blanco, con escarolados de cinta de raso blanco, un lazo y una rosa sin follaje. Botas negras altas.



Recomendamos vivamente á nuestras suscriptoras la interesante obra titulada *Impresiones Morales*, que publica en Lugo el aventajado escritor D. Ramon Segada Campoamor. Basta para encomiar su oportunidad en los presentes momentos, el decir que está consagrada á ensalzar la familia y las creencias, los dos ejes sólidos sobre los que gira toda sociedad humana, y sin los cuales no puede existir ninguna.

Este precioso libro se vende á dos pesetas ejemplar, en las principales librerías.

La elegante é ilustrada sociedad de Madrid está de enhorabuena. La maravillosa actriz italiana Jacinta Pezzana, que sobrepuja en mérito á cuantas se han aplaudido hasta el día en nuestros teatros, acaba de terminar con

Generalmente empiezan la estación con los trajes del año anterior arreglados, y que no pueden de ningún modo estar todavía ridículos. Luego, cuando la estación avanza, y la moda está bien definida, eligen el traje ó el abrigo que más les gusta y que está más en boga, seguras de poder usarlo sin transformación ninguna al año siguiente.

Al principio de estación aparecen una infinidad de modelos que luego no se generalizan, y la que los ha aprovechado se encuentra vestida de un modo distinto á todas las demás, con su vestido nuevo, segura de que el año venidero no podrá ya usarlo. Siga V. el ejemplo de las damas de París, oráculos infalibles en materias de la moda. Aguarde V. á hacerse sus trajes en Diciembre ó Enero, y verá V. cuanta economía le reporta.

Desde mi retiro.— Los peinados van haciéndose muy altos, pero los tirabuzones prendidos en ellos bajan á flotar sobre la espalda.

Una entusiasta suscritora.— Mil gracias por los elogios que nos dirige, y que procuraremos merecer siempre. El marrón y el azul se han llevado tanto juntos, que no es prudente hacerse los trajes nuevos de esos dos colores. Prefiera V. el verde oscuro en sus variados tonos. Doña N. H.—Sevilla.—Es muy cierto lo que V. me dice sobre la gracia y sultura que dá al cuerpo la cintura Gisbert, ó sea el corsé cintura, fabricado por madame Grandie, plaza de Celenque, 1; pero su amiguita de us-

Solución á la charada inserta en el número 45 del CORREO, por las señoras doña Aurea Cibeira, Carballino; doña Juana Velasco, de Madrid; doña Teresa Gamboa, Santa Cruz de Tenerife; doña Cándida Ochando, Palma de Mallorca; doña Gertrudis Soliño, Santander; doña Carmen Armesto, Gijón; doña Lucía Santa Pola, Barcelona; doña Genoveva Villasante, Sevilla; doña Adela Ansa, de Castro-Urdiales, y los señores D. Juan Silvela, D. Antonio Mendez, D. Evaristo Cienfuegos, D. Leandro Cadaval.

ENAMORADO.

Por un olvido involuntario dejamos de publicar entre las soluciones de las charadas anteriores, *Corinto* y *Avellana*, los nombres de dos simpáticas señoritas de catorce años, doña Amalia Santos y doña Dolores Arregui, de San Sebastian; como asimismo el de D. Gustavo Escandon, de Figueras.

CHARADA.

Todas las aves tienen
Prima y segunda,
Y agregando la tercera
El nombre anuncian
De cierta tela
Que no es algodón, lana,
Lino, ni seda.
Para formar el todo,



COSTUMBRES SOCIALES: LA VISITA DE DUELO.

un éxito fabuloso sus representaciones en Florencia, y ha pasado á Roma, en donde sin duda producirá el mismo entusiasmo, para venir después en la primavera, como los pájaros cantores, á embellecer nuestra corte. Tratándose de una verdadera celebridad europea, procuraremos, por cuantos medios se hallen á nuestro alcance, hacer que nuestras suscriptoras la conozcan de antemano, publicando su retrato y su biografía.

CORRESPONDENCIA.

Una señora razonable.—El paletot entallado puede usted aprovecharlo muy bien, siendo de moda este año. Para refrescarlo, abra V. la falda por detrás y sobre los costados, volviendo las puntas en forma de solapas, y cubriéndolas con moiré de color ó negro y sujetándolas con botones de pasamanería. El cuerpo puede usted realzarlo con cordonería á lo húsar, que haga juego con los botones. En cuanto á las blondas, guárdelas usted para adornar una polonesa. El vestido de reps de seda, que á pesar de ser antiguo se halla en buen estado, puede V. utilizarlo también. Deje V. la falda lisa, larga y con vuelo, sin túnica, y en lugar de ésta ponga V. sobre los paños de costado, dos bandas de la tela, ó de color que haga juego, de treinta cents. de ancho, las cuales, adornadas como lo esté el cuerpo y las mangas, suben á anudarse atrás, en donde forman dos grandes caídas. Una falda, guarnecida con volantitos hasta arriba, puede V. utilizarla igualmente sin túnica. Con los dos vestidos antiguos puede V. asimismo obtener un traje de moda; haciendo con el de dibujo y tono más claro la túnica, y del más oscuro y liso la falda y el chaleco.

Clotilde.—La verdadera estación para los cambios de la moda es en Enero. A este propósito voy á revelar á usted el secreto de las señoras de París, para estar siempre elegantes y gastar ménos.

ted debe pedir el corsé higiénico que se fabrica en la misma casa bajo la dirección de un entendido profesor de medicina.

Una madre.—Supuesto que su niña de V. ha cumplido ya trece años, vístala V. de largo. La moda introducida de retardar el hacerlo hasta los 18 ó los 20, es debida á la vanidad frívola y reprensible de la mujer de nuestro siglo. Las madres que tienen pretensiones de parecer siempre jóvenes, y evitan el tener á su lado quien denuncie su edad, no saben el daño que causan á sus hijas, reduciéndolas, mujeres ya, á la esfera de niñas, dejando marchitar entre juegos infantiles la flor de su juventud, y fomentando en medio de su soledad y aislamiento, la curiosidad, los sueños imposibles, la avidez de los placeres, el ansia de libertad, el deseo de figurar. Todos estos sentimientos comprimidos, producen en ellas una excitación tal, que entran en el mundo poseídas de un verdadero vértigo, de una fiebre de goces que las hace aparecer coquetas y casquivanas. No lo digo esto por V., señora, que sé que es la mejor de las madres.

Un hombre grave.—Uno de los mejores regalos que puede V. hacer á esas laboriosas señoritas, es la máquina de coser, *La Silenciosa*, que puede obtener por un precio módico, dirigiéndose á D. Antonio de Paz, en Santander.

La Pasionaria.—El pliego de dibujos repartido el 26 de Diciembre último, á las señoras suscriptoras de la edición de lujo, contiene preciosos modelos para adornar objetos de iglesia, y pueden adquirirlo todas las demás señoras, enviando dos reales en sellos á esta Administración.

P. O.—Ya se le han remitido las obras de doña Angela Grassi, que tuvo la bondad de pedirnos: esto es, una colección de poesías y las novelas *El lujo* y *Riquezas del alma*.

La cuarta agrego,
Y al verte ante mis ojos
Me digo quedo:

No cabe duda,
Que en la corte y provincias
Se hallarán muchas.

JERÓNIMO COUDER.

EL INSEPARABLE PARA 1873.

CALENDARIO GENERAL, DIVIDIDO EN CINCO PARTES. CALENDARIO, GUIA COMPLETÍSIMA DEL BAÑISTA EN ESPAÑA, GUIA DE LOS FERRO-CARRILES ESPAÑOLES Y BREVE RESEÑA DE LOS PORTUGUESES Y FRANCESES, GUIA DE MADRID EN TODA SU EXTENSION Y NOTICIAS GENERALES.

Año duodécimo.—Precio, 4 reales.

Este interesantísimo y favorecido calendario ha sufrido infinitas reformas en este año, haciendo de él un libro de tal necesidad por las numerosas noticias que encierra en sus 352 páginas, que únicamente pueden hacerle competencia las mejores publicaciones de su género del extranjero.

A más de la ventaja que proporciona por ser la única guía completa del bañista que existe en España, es un libro de consulta necesario á todas las clases de la sociedad, lo cual prueba el ser tan buscado y favorecido por el público, que le acoge con suma benevolencia desde hace doce años.

Se vende en todas las librerías y principales almacenes de papel de Madrid. En provincias en las principales librerías ó dirigiendo su importe en letra de fácil cobro ó libranza del giro á la administración de EL INSEPARABLE, plaza de los Ministros, 2, imprenta.

Las Sras. Suscriptoras á la Edición de Lujo recibirán con este número el figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.